

OPOSICION a las OPOSICION

EL ESPIRITU DE CUERPO Y OTROS MALES

Por RAFAEL GAMBRA



HOY se acepta en España como axioma que el medio justo y normal de acceso a los cargos públicos —o, por lo menos, el único viable entre nosotros— es la oposición libre. Y, ciertamente, esta opinión no deja de tener, por desgracia, un sólido fundamento, ni de apoyarse en una amplia experiencia. Cuando la voz general se decide, sin vacilar, por el régimen de oposiciones, no tiene ante su vista ni conoce más que otro término de disyunción: el que siempre se conoció en nuestra sociedad como «procedimiento del dedo»; y la imagen que de él se posee, cuando se le considera abstractamente como método habitual, contiene sólo aspectos depresivos. Imaginar a los funcionarios de los organismos públicos en situación de proveer por su voluntad las nuevas vacantes sería, a juicio de todos, verles disfrutando de un nuevo gaje: el de colocar a sus parientes y amigos.

Sin embargo, estimo que la medida en que el régimen de oposiciones —y el género de funcionarismo que es su consecuencia— sea insustituible sería la misma medida en que nuestra comunidad nacional fuera irreformable, incurable. O, dicho con otras palabras: que ese sistema de oposiciones y ese funcionarismo de cuerpo, por más que puedan ser difícilmente sustituibles, y hasta insustituibles, constituyen un principio disolvente, aniquilador para la sociedad que los sufre.

En primer lugar, desde el punto de vista del opositor, es un sistema que consume gran parte de las energías nacionales en una labor relativamente inútil, y también las ilusiones de una gran multitud que por su causa evoluciona mal en su vida hasta adquirir una injusta conciencia de fracaso. Hay que tener presente, además, que en un régimen general de oposiciones son opositores en su juventud una gran parte —casi la mitad— de los ciudadanos y, desde luego, la totalidad de los que se han cultivado en el estudio.

El hombre sano y normal no inicia nunca su juventud infravalorando su capacidad intelectual o de esfuerzo, y, al tener ante sí abiertas —opositables, al menos— todas las posibilidades, no aspira a menos que a lo que considere máximo, según su propia valoración. En la sociedad individualista —que es precisamente la del régimen general de oposiciones— se elige normalmente por motivos crematísticos o de brillo social, salvo en los casos, siempre reducidos, de una decidida vocación científica o artística. Los motivos ambientales, de

amor al medio en que se ha nacido, a la profesión del padre, pesan muy poco o nada. Así es frecuentísimo en nuestros jóvenes la decisión inicial por la carrera de abogados del Estado o las de ingenieros, según, Letras o Ciencias, profesiones que, si no son las primeras en importancia o dignidad desde ningún punto de vista, sí son, parece ser, las que ofrecen un porvenir más lucrativo y, por lo tanto, brillante. Y no son menos frecuentes las biografías juveniles que, comenzadas con esa decisión, acaban tras sucesivos descensos en burócratas municipales o en ayudantes de obras públicas, con un rastro de amargura en el alma y de odio y desprecio hacia la función que de por vida han de desempeñar. El resentimiento y la envidia —que tantos han calificado de nacionales— deben mucho a este sistema que parece el más limpio y justo de los imaginables.

PROFESION: OPOSITOR

El régimen de oposiciones es, por otra parte, para el hombre joven y ambicioso, una constante tentación de no entregarse a una labor real, sino avanzar constantemente por el camino de sucesivas oposiciones, que se ha erigido en vía normal de mejoramiento. Hoy se ha convertido en frase común de cortés solicitud la pregunta: «¿Qué preparas?» Estas palabras no se refieren nunca a la labor concreta que el demandado realiza en su profesión o cometido, sino a la oposición que le ocupa. La vida entera se promedia así entre una preparación y una retirada, ambas siempre desde un punto de vista individualista, ya que la entrega a una labor objetiva, a una obra profesional o a un medio se ha desterrado de la vida de los hombres. Esto consume las energías del elemento humano más valioso, no en el cometido de una función de que la ciencia o la sociedad serían beneficiarias, sino en una esteril labor oposicionista que a nada ni nadie aprovecha. Porque las oposiciones, por causa de la concurrencia, exigen, como es sabido, conocimientos muy superiores y aun distintos a los que el desempeño del cargo requiere. Yo he visto oposiciones a camineros provinciales con dictados de especialista y problemas de bachiller.

En cambio, el régimen oposicionista anula en la provisión de cargos algo tan importante como la selección humana por conocimiento personal, y también todos los motivos extra-intelectuales de moralidad, experiencia, laboriosidad, prudencia, energía, habilidad, etc.

LA TECNICA DEL «OPOSICIONISMO»

El sistema de oposiciones constituye así la supremacía del punto de vista intelectual con anulación de los demás. Y aun dentro de esa consideración parcial del hombre, consagra y presta valor decisivo a ciertos aspectos muy delimitados de la facultad intelectual: la agilidad mental, el poder de síntesis, la memoria, la fácil exposición, etc. ¿Quién duda de que el oposicionismo tiene una técnica, que no es ciertamente la del investigador ni la del creador?

Recuerdo mi breve estancia en un Grupo Escolar para la realización de unas prácticas docentes. En aquella escuela había dos maestros que concurrían por aquellas fechas a unas oposiciones para mejorar de destino dentro del Magisterio. Uno de ellos, de edad

madura, era un hombre serio y humilde, paciente cumplidor de su deber. No era hombre de grandes ideas, ni necesitaba serlo. Bien querido de los niños, era uno de esos hombres que sostienen sobre sí la vida de una escuela. El otro, más joven, era listo y conocía la aguja de marear. No se ocupaba de la escuela más que lo justo para cumplir; los niños lo ignoraban. Sin embargo, había leído cosas, era desenvuelto y se las manejaba en oposiciones. Recuerdo que en uno de los ejercicios hubieron de desarrollar un estúpido tema titulado «Autoeducación». El primero de estos maestros no sabía demasiado de aquello ni tenía imaginación para inventarlo, y, prudentemente, se retiró. El otro poseía recursos y se las ingenió para enhebrar un tema y aprobar el ejercicio incluso con cierta brillantez. Todo el mundo estimó justo el resultado y, realmente, la labor del Tribunal fué correcta: obró como debía. Sin embargo, yo medité entonces la gran injusticia que la sociedad cometía con aquel primer maestro —el hombre modesto entregado a su labor— al no poner sobre él alguien que estimase y tuviese poder para recompensar con el ascenso su trabajo. Y la tragedia que representa para una sociedad el que el diario y constante cumplimiento del deber y el natural impulso de prosperar se hallen, constitucionalmente, divorciados.

EL ESPIRITU DE CUERPO

Pero los mayores males del régimen general de oposiciones no son tanto los que padecen sus víctimas como los que nacen en aquellos que han logrado triunfar plenamente en ellas y ocupar un puesto que llene sus aspiraciones. En éstos, el mismo esfuerzo que les ha costado la oposición crea la conciencia —psicológicamente justificada— de haber obtenido en buena lid un derecho vitalicio al descanso remunerado, o, en otros casos, una patente de corso para todo género de exacciones y ventajas. De esta conciencia se deriva el «espíritu de cuerpo», que es una de las mayores lacras que padece la sociedad española y una de las bases de su tan aireada ingobernabilidad, porque constituye una de las grandes dificultades para cualquier labor de gobierno que no quiera reducirse a servir a los propios cuerpos de funcionarios.

Generalmente, a un funcionario por oposición es imposible convencerle de que la sociedad —el público— no tiene nada que ver con las dificultades que él ha debido vencer para conseguir su puesto y que éstas no le eximen de la obligación de desempeñarlo exactamente igual que si hubiera sido llamado libremente a su desempeño y pudiera ser depuesto en cualquier instante; de que su cometido es un servicio a un sector de la actividad social que lo requiere, y no éste un coto para la fiscalización de sus derechos; de que sus percepciones deben corresponder a un trabajo real y no son fruto de ningún derecho de conquista.

EL FUNCIONARISMO

Pero más grave es aún el efecto del régimen de oposiciones y del funcionarismo cuando se sustituye por ellos lo que debería ser una institución de la sociedad, es decir, una asociación libre para realizar una obra en común. Tal, por ejemplo, el caso de la Universidad,

a cuya desinstitucionalización me he referido ya en estas mismas páginas. Cuando la obra en colaboración que un fin como el universitario requiere se sustituye por la aplicación mecánica de un reglamento, y la libre asociación de docentes por la arbitraria heterogeneidad de funcionarios provenientes de oposiciones centralizadas, la institución, como tal, ha muerto. Menéndez Pelayo lo exponía clarívidamente en el último tomo de los «Heterodoxos», al comentar la ley de enseñanza de 1845: «Se centralizaron los fondos de las Universidades, se las sometió a régimen uniforme, y desde aquel día la Universidad como persona moral, como centro de vida propia, dejó de existir en España.» Algo de esto empieza a verse ahora, cuando se habla de conceder a las Universidades un margen de libertad para organizar sus propios estudios y para contratar libremente los servicios de científicos o maestros de reconocido valor, incluso extranjeros.

Es cierto que el sistema de oposiciones es aprovechable, y aun necesario, en muchos casos, particularmente para la provisión de aquellas profesiones numerosas donde una selección personal o institucional no es posible. Sirvan de ejemplo los maestros de primera enseñanza o los secretarios municipales. Pero un sabio orden político puede después vincular a estos funcionarios en instituciones verdaderas que les deparen vigilancia y responsabilidad. Así, en Navarra, por ejemplo, su régimen privativo determina que la elección concreta de maestros y secretarios sea función de los Ayuntamientos, que los eligen libremente entre los que obtuvieron plaza en la oposición. Unos y otros —secretarios y maestros— no suelen ser partidarios de este sistema, porque el funcionario tiende a la mayor autonomía personal y a la menor fiscalización. Pero el método es justo, y bueno en sus resultados generales: es verdad que a veces pueden en la designación influencias y amistades de concejales; pero, aun en estos casos, el funcionario llega, no con la moral de ser algo ajeno e impuesto al Ayuntamiento —irresponsable ante el mismo—, sino servidor de la comunidad municipal que le ha elegido y responsable, cuando menos, de «dejar bien» a sus padrinos de elección. Su compenetración con el Concejo es así mucho más estrecha, y, por otra parte, la mayor amplitud de funciones y de poder del municipio crea en éste un superior espíritu público.

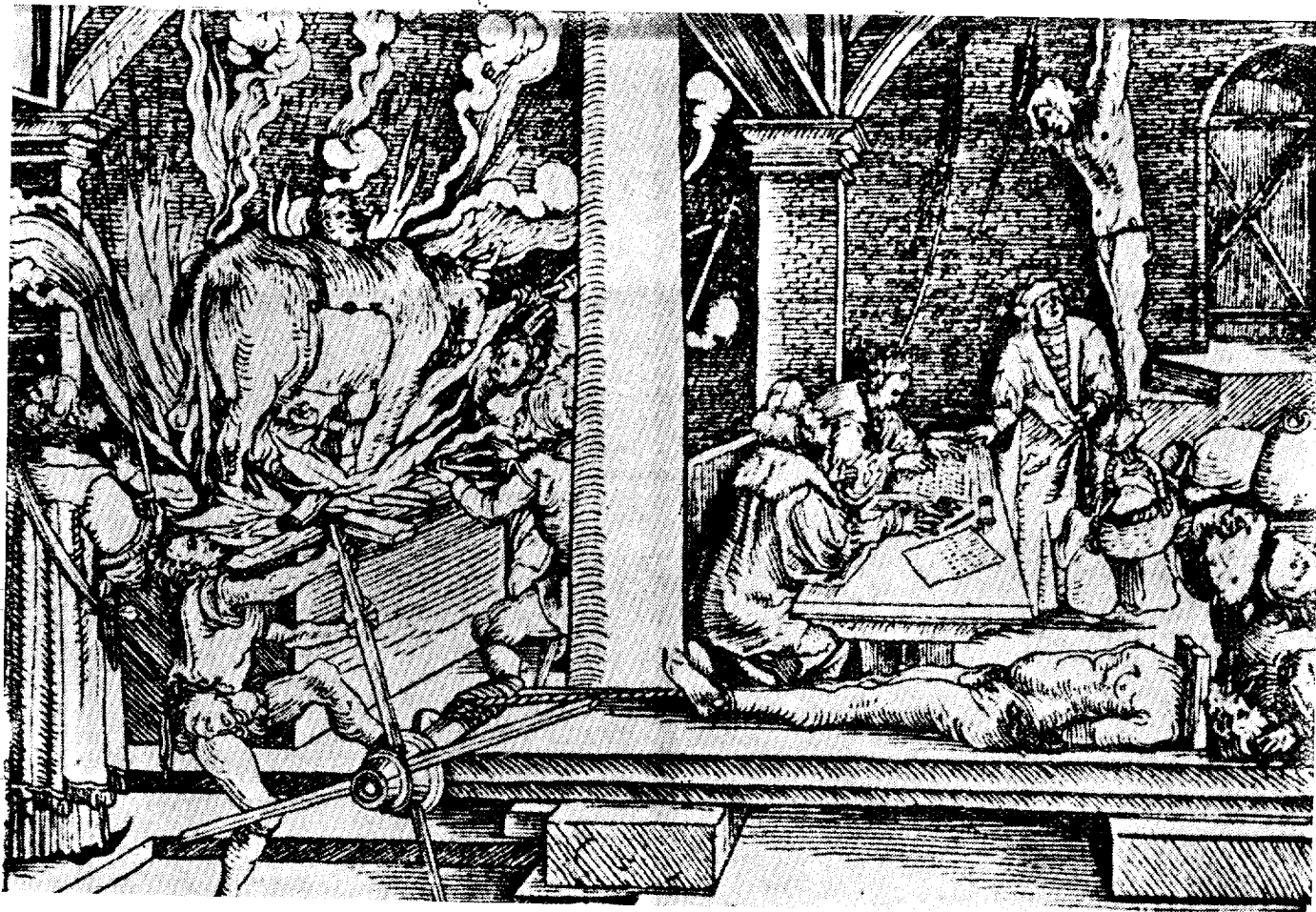
HOMBRES ENRAIZADOS EN SU MEDIO

La obra de siglo y medio de liberalismo ha consistido en sustituir un mundo de hombres enraizados en su medio y adaptados a su obra, por otro de espíritus amargados en una insana y desorbitada lucha por la vida. Y un ambiente de instituciones arraigadas y populares, por otro de organismos sin alma e ineficaces. Es cierto que el poder público debe velar por que las funciones sociales no sean monopolio de clases ni de grupos y que todos puedan llegar si se lo proponen a las altas tareas del espíritu y del gobierno. Pero no debe olvidarse que los grandes militares y los grandes diplomáticos han brotado generalmente de familias de militares o diplomáticos, que los mejores artesanos

ONES

nacían en las calles del gremio, y que los más sobrios y eficientes pastores, que hoy todavía se بسمن entre los españoles, proceden siempre de comarcas y medios ganaderos. La generalidad de los hombres poseen en el ambiente de su casa, en el medio local o profesional que les rodea, un cauce fácil y amable, no sólo para el ejercicio de una digna y útil profesión, sino para desarrollar y perfeccionar eficazmente un arte, una técnica o un negocio. La prosperidad de un pueblo y la felicidad de sus miembros suelen estar en razón directa del vigor y permanencia de los ambientes familiares, locales y profesionales.

Desarraigar estos medios sociales y sustituirlos por un gregarismo individualista, trocar la selección y continuidad espontáneas de la sociedad por una selección centralizada y puramente intelectualista, equivale a secar las fuentes y cauces naturales del crecimiento social. Equivale también a hacer los hombres resentidos, insociales y desgraciados.



EXAMEN DE LAS OBRAS, NO DE LOS ASPIRANTES

Por SALVADOR PONS

EL cambio más provechoso (para la restauración espiritual de España) sería la sustitución de las oposiciones hoy en uso por el examen de las obras de los aspirantes; en lugar de esos parlamentos charlatanescos, donde, como en las carreras de caballos, triunfa, no el que tiene más inteligencia, sino el que tiene mejor resuello y patas más largas, pondría yo reuniones familiares, donde, en contacto directo, los que juzgan y son juzgados, se hablaría sin artificio, se examinaría el trabajo personal que cada pretendiente presentase y se apreciara la capacidad de cada uno, y, lo que es más importante, el servicio que de él podía esperar la nación. Así hablaba en 1896 un español que había hecho tres oposiciones diferentes: Cuerpo de Archivos, Cátedra de Griego y Carrera Consular. Había perdido las segundas y ganó las primeras y las últimas. Es Angel Ganivet en su «Idearium».

Confieso que me ha hecho pensar mucho este párrafo de fines de siglo. Si es tan viejo ya este tema de las oposiciones en la vida española, si hace tanto tiempo que se han visto sus deficiencias, ¿por qué sigue en pie el sistema? ¿Es que ha podido más la estupidez nacional que el buen sentido?

Desde Ganivet, aconsejando la sustitución de las oposiciones entonces en uso — el «uso» sigue el mismo después de cincuenta y siete años —, por el elástico sistema de la «interview» inglesa, hasta la reciente ponencia de Alvaro D'Ors en la Asamblea de Universidades abogando por un sistema mixto que corregiría bastantes imperfecciones de la actual provisión de cátedras universitarias, hay en nuestro país toda una constelación de papel impreso que le da vueltas al asunto. Se han agotado los epítetos contra las oposiciones, se las ha ridiculizado en todos los tonos, se las acusa del retraso nacional, de la postración intelectual, de la baja producción científica. Pero lo cierto es que el sistema de oposiciones sigue y seguirá marchando en tanto no varíe fundamentalmente la vida española, porque las oposiciones — y aquí es donde quería ir a parar — son una consecuencia brutalmente lógica de la realidad social.

De la misma manera que un proble-

ma de transportes urbanos originado por escasez de vehículos no encuentra su solución en distanciar más o menos las paradas ni en dejar ir de pie a más o menos viajeros, sino simplemente en poner más vehículos, el problema de las oposiciones en España — a mi entender — no reside tanto en fabricar nuevos reglamentos, ni en imponer «interviews» sajones o nombrar tribunales superferolíticos que calibren como lindes el real saber y valer de los candidatos, como en la lamentable escasez de medios materiales de la sociedad española.

Me explicaré con ejemplos concretos. En la carrera de Derecho, que es la que conozco de cerca, la situación está planteada del siguiente modo. Las posibilidades que se le ofrecen al licenciado — las «salidas», en términos usuales — son, en orden de volumen más o menos, las que siguen: Notarías, Registros, Escuela Judicial, secretarios de la Administración de Justicia y de la Administración Local, Escuela Diplomática, Abogacía del Estado, Inspectores de Trabajo, cátedras de Universidad, agentes de Cambio y Bolsa, técnicos comerciales del Estado, letrados del Consejo de Estado, letrados de las Cortes, letrados del Ministerio de Justicia, letrados de la Dirección General de Registros y Notariado, etc., y plazas convocadas ocasionalmente para funcionarios superiores de la escala Técnico-Administrativa de los distintos Ministerios y organismos paraestatales. (Para mayor exactitud debe señalarse que bastantes de los cuerpos citados son muy reducidos y tienen sus escalafones prácticamente saturados.) Naturalmente, aparte de estas «salidas» oficiales, existen también las actividades privadas de todo género. Si nos limitamos ahora a lo oficial y se suman las plazas convocadas cada año en las distintas oposiciones — casi nunca cubiertas en su totalidad — y se compara esta cifra con los licenciados en Derecho «lanzados al mercado» cada curso, se encontrará un excedente considerable, que va incrementando progresivamente el de los años anteriores.

¿Absorbe la sociedad este exceso? Porque pensar que el Estado debe au-

mentar su personal de juristas hasta enjugar este superávit es una monstruosidad en la que no cabe pensar. Esta función equilibradora, lógicamente, debe quedar encomendada a la sociedad. Sin embargo, la realidad es muy distinta. La vía privada que va desde el libre ejercicio de la profesión de abogado al trabajo en diferentes empresas privadas (Bancos, otras sociedades mercantiles, industrias, asesorías administrativas, etc.), está cubierta muy sensiblemente por titulares de los Cuerpos «por oposición», y para aquellos puestos aún vacantes existe el suficiente número de familiares, deudos y amigos para que la demanda de candidatos anónimos quede prácticamente reducida a cero. La sociedad carece, por tanto, de la fuerza expansiva necesaria para emplear dignamente este excedente de graduados.

Se explica, por consiguiente, que mientras exista esa masa expectante — la inactividad producida por la expectación explicaría muchos fenómenos políticos en todos los tiempos —, la reacción instintiva del Estado sea defenderse contra ella. Lo fundamental, por tanto, es montar un sistema que, como las espigas, pueda regular la avalancha de candidatos hambrientos; hay que eliminar gente. Ya están inventadas las oposiciones. Mientras haya 437 opositores para 12 plazas, lo primero y más apremiante es poner una barrera, un gran obstáculo; luego ya se verá lo demás. Ante la avalancha lo primero es defenderse, luego, más tarde, quizá quepa pensar en la selección de los mejor capacitados. Ante la magnitud de la cantidad las cuestiones de cualidad forzosamente pasan a un segundo plano. Esto puedo contestar a los que se quejan de que el título académico es una mera formalidad más a presentar con la partida de nacimiento y el certificado de penales, que los expedientes académicos cuentan muy poco en las oposiciones, etc.

Que esta situación es perjudicial para la vida del país, indudablemente. La sola idea de que cada estudiante se matricula en la Facultad con la secreta esperanza de alcanzar algún día el confortable regazo del paternal Estado significa el embotamiento progresi-

vo de ese sano espíritu de iniciativa privada que es el termómetro que marca el vigor de un país. Por otra parte, se ha producido la defeción de muchos de los mejores, que buscan la protección del Estado, porque piensan que es un «patrón» seguro, mientras que la sociedad falla, se les hunde, no es segura. Siempre hay el recuerdo de una guerra, de una revolución. Busca algo seguro, hijo mío —; inestabilidad social. ¿Se ha pensado que en algunos países el Estado ha de elevar los sueldos para sus altos empleados de gestión muy responsabilizada, porque quienes pueden desempeñarlos, encuentran «siempre» más campo en las actividades privadas?

Naturalmente, esta desvalorización universitaria podría cortarse casi en seco. Todo se reduce a hacer un cálculo de la capacidad de absorción del Estado y la sociedad, y con arreglo a esta estadística limitar cada año el acceso a la Facultad de Derecho; en una palabra, «numerus clausus». Pero esta política parece descartada, como lo sería la del control de la natalidad, por una serie de argumentos de gran peso que no vienen al caso.

Ahora bien, en tanto subsistan estas condiciones, que me atrevería a extender a los graduados de las restantes Facultades; mientras siga la escasez de recursos económicos de nuestra sociedad, ¿de qué sirve estrujarse el cerebro en nobles intentos de acomodar los sistemas extranjeros en nuestra patria? Porque la interview, por seguir con la idea de Ganivet, no obedece tanto a su propia virtualidad como a la larga lista de ofertas de trabajo para graduados universitarios de todas clases que publican a diario los periódicos ingleses con destino a la metrópoli y a las colonias.

Tampoco soy de los que se quedan en el puro argumento económico. Esto sería quedarse a mitad de camino. Porque la prosperidad material, esa prosperidad que pide insaciablemente hombres con aptitudes, necesita para existir y desarrollarse de la seguridad y continuidad política como premisa insoslayable. Y la realidad política de nuestro último siglo y medio no ha sido precisamente muy halagadora. El balance de guerras civiles, de golpes de Estado, de motines sangrientos, asesinatos sociales y políticos, cambios de regímenes, disturbios anárquicos de nuestro país desde 1808 a 1936 es tan superior al de los otros países europeos como inferior es nuestro tonelaje de carbón, o de acero, o naval.